

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA
DEL
HOGAR

135
30 CTS



BILL BOYD
DOROTHY SEBASTIAN
WARNER OLAND

EDICIONES EISTAGNE

**JUGANDOSE
LA VIDA**



NIBLO, Fred

La Novela Cinematográfica del Hogar

Publicación semanal de películas selectas

Director:

Año III Francisco-Mario Bistagne Núm. 134

The Big Gamble, 1931

JUGANDOSE LA VIDA*

Interesante asunto, interpretado por

DOROTHY SEBASTIAN, BILL BOYD, WARNER
OLAND, etc.

**Reestreno en 1941 (11/8) en Cine
Empremenda de Madrid con*

el título de

P. D. Q.

"Jugando con la muerte"

Exclusiva de

CINNAMOND FILM

Balmes, 51

BARCELONA

Postal-regalo: GUSTAW FROHLICH

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA



Prohibida la
reproducción

JUGANDOSE LA VIDA

Argumento de la película

I

Un restaurante en una gran población norteamericana. Al entrar Andrés North, acompañado de una preciosa muchacha, el encargado fué a su encuentro para envolverlo en sus atenciones. Los elegantes camareros se inclinaban a su paso. Evidentemente, Andrés North era un buen cliente del establecimiento y, además, un potentado.

La muchacha que le acompañaba era una cara nueva para los empleados del restaurante. Pero esto no sorprendió a nadie. North les tenía acostumbrados a estos cambios.

Era, en efecto, un potentado aquel caballero de edad madura. Pero ¿podía llamársele caballero? ¿Merecía este nombre quien como él había hecho toda su fortuna mediante negocios oscuros? Algunos de estos negocios no podían llamarse así porque los había realizado a la luz del día, pero no por eso eran menos sucios que los otros, ya que giraban en torno al contrabando de alcohol, un alcohol que tenía tanto de tal como de veneno.

Por eso podía permitirse tantos lujos y por eso podía pasar por un filántropo encabezando suscripciones con cinco mil dólares.

Apenas se hubieron sentado, un camarero se acercó a mister North para anunciarle que le llamaban al teléfono.

El millonario reconoció en seguida la voz de Johnny Ames.

En efecto, era éste. Johnny había sido chofer de Andrés North en otro tiempo y ahora se hallaba en casa del millonario en calidad de prisionero. Uno de los numerosos secuaces que rodeaban al gran negociante y contrabandista le acompañaba a todas partes. No le perdía de vista un momento y su mano empuñaba una pistola.

¿Que cómo era posible que Johnny acatara aquella imposición de un hombre que no tenía más autoridad que la de su dinero? Eso sólo puede explicarse en un país donde ha habido contrabandistas de alcohol tan influyentes como los gobernantes.

—¿Qué ha pasado, Johnny?

—Le aseguro a usted, mister North, que yo no he intervenido para nada en ese asunto.

—Bueno. Ya hablaremos de eso oportunamente. Ahora sólo te diré que no quiero que vuelva a ocurrir.

Al volver a la mesa se encontró con un joven que había ido a buscarle.

—¡Hola, muchacho!—exclamó en son de saludo—. ¿Quieres sentarte?

Era, en efecto, un muchacho joven, de apariencia simpática y un poco triste. Se llamaba Alán Beckwoth y era también muy conocido en aquel restaurante a juzgar por el recibimiento que le habían dispensado.

—No es precisamente sentarme lo que deseo, mister North, sino hablar con usted de un importante asunto.

—Bueno, hombre. Pues vamos a hablar.

Y rogó a su acompañante:

—Ve a empolvarte por ahí fuera. Ya te llamaré.

La muchacha protestó. No había ido allí para que Andrés se pusiera a hablar con sus amigos, dejándola a ella relegada a un segundo término.

Pero mister North insistió y de tal modo que la muchacha no tuvo más remedio que obedecer.

Entonces se sentó Alán.

—Pues tú dirás.

—Se trata de nuestra deuda.

—¿Acaso piensas pagarme?

—Sí, señor.

—¡Bravo, hombre!

—Pero para que le pague es preciso que usted me preste dos mil dólares.

—¡Vaya un sistema!

—Es el único modo de que le pague los siete mil dólares que le debo.

—Pero si no puedes pagarme siete mil, ¿cómo me vas a pagar nueve mil si no puedes pagarme siete mil?

—Muy sencillo: haciéndome un seguro de vida a favor de usted y suicidándome mañana mismo.

Mister North le miró con sorpresa.

—¿De veras estás dispuesto a hacer eso?

—Sí, señor.

Quedó un momento pensativo y propuso:

—¿Te sería igual suicidarte el año que viene?

Alán se encogió de hombros.

—Si usted me impone esa condición..

—¿Para qué quieres los dos mil dólares?

—Para pagar unos picos que tengo pendientes. No quiero deber nada a nadie y menos a mi criado.

—Entonces yo te daré los dos mil dólares. Tú te asegurarás por cien mil y te suicidarás el año que viene.

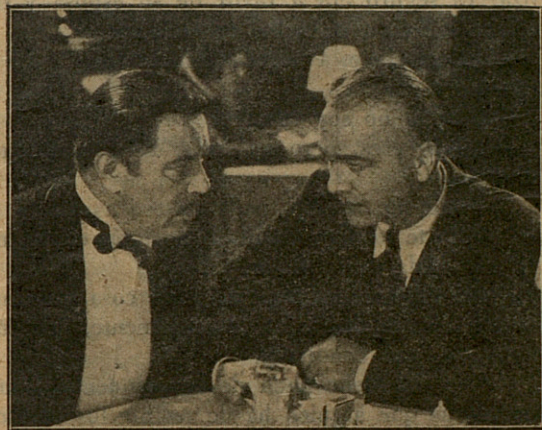
—De acuerdo. Pero ¿por qué no quiere que me suicide mañana mismo?

—Porque la compañía no me pagaría el seguro. Es preciso que pase un año para que un seguro de vida sea pagadero por suicidio.

—Siendo así no tengo ningún inconveniente.

—Entonces no hay más que firmar la póliza. Ve mañana a mi despacho y ultimaremos este asunto. ¡Ah! Se me olvidaba. He de ponerte una condición. Si dentro de un año no te suicidas, haré que te quiten de en medio. Ya sabes que para mí eso es sumamente fácil.

—Puede usted estar tranquilo. Transcurrido el plazo me suicidaré.



—Transcurrido el plazo me suicidaré...

—Pero si por una de esas cosas...

—Entonces puede usted matarme

—Perfectamente. Veo que eres formal para los negocios.

Se estrecharon la mano y dieron la conversación por terminada.

II

Quedó muy sorprendido Alán al leer la póliza. El seguro era a favor de su esposa y no estaba casado ni lo había estado nunca.

—¿Quién es esta Beverly Ames?

—Tu esposa.

—Pero si no soy casado.

—No lo eres, pero lo serás. Es preciso que te cases.

—Usted no me dijo nada de eso ayer.

—Pero te lo digo ahora. Si no estás conforme no hay nada de lo dicho.

—No es que me importe gran cosa casarme o dejarme de casar. Es, sencillamente, que me sorprende esa condición.

—Pues no tiene nada de sorprendente. Comprenderás que alguien ha de recibir los cuartos por mí. No voy a poner ahí mi nombre para despertar sospechas. ¿Quién mejor que la esposa del difunto para cobrar un seguro de vida?

—Está bien. Ahí va mi firma.

Firmó el documento. Después preguntó:

—¿Quién es mi esposa, si se puede saber?

—Mañana, cuando os caséis, la verás.

—Nunca en la vida había tenido noticia de un matrimonio así. "Le presentaré a la novia momentos antes de la ceremonia". Muy origi-

nal. Y vayamos a lo práctico. ¿Quién va a costear todo lo que mi esposa y yo gastemos durante el resto que me queda de vida?

—Yo.

—Me parece muy sensato. Ahora venga mi dinero.

—Mañana, cuando estés casado, lo recibirás.

—Es usted muy desconfiado.

—Los negocios son los negocios.

Al día siguiente se realizó la boda. En el Juzgado quedaron sorprendidos ante la indiferencia con que los contrayentes contestaban a las preguntas de ritual.

Hasta después de tener esposa no se fijó Alán en cómo era ésta. Una muchacha rubia, esbelta, de carita bondadosa y triste.

Había algo en aquellos ojos que pregonaban su espíritu de sacrificio.

Se instalaron en la casita que mister North le había preparado, pero el primer día lo dedicó Alán a pagar aquellos piquillos pendientes.

Después comenzó para él una vida extraña y tediosa.

Estaba ahora sentado a la mesa haciendo juegos de manos con las cartas, para distraer su aburrimiento.

Beverly, así llamada ella, le miraba sorprendida.

—Se ve que tiene usted gran habilidad para manejar los naipes.

—Alguna cosa buena había de tener. ¿No le parece?

—Si a eso llama usted una cosa buena...

—En efecto, no es para que el presidente de la República me condecóre.

Y siguió con sus juegos tras un gesto de indiferencia.

—No me sorprende—dijo Beverly, con una sonrisa de sarcasmo.

—¿Qué es lo que no le sorprende?



Al día siguiente se realizó la boda.

—Que sea usted como es. El que tiene amistad con Andrés North no puede ser un santo.

Alán se echó a reír.

—Me hace gracia que sea usted la que me juzgue. ¿Acaso usted no es también amiga de mister North?

—Amiga, no.

—Llámele usted como quiera. Lo cierto es que está aquí, casada conmigo, a quien no conocía antes de la boda. Ni siquiera ahora sabe quién soy. Quien obra así no puede criticar a nadie.

Beverly callaba. Evidentemente sufría bajo el peso de aquellas acusaciones que tenían una realidad irrefutable.

Y Alán dejó de jugar para mirar con curiosidad aquellos ojos que se habían abatido como con un movimiento que al mismo tiempo que de tristeza era de rubor.

Le intrigó Beverly desde aquel momento. ¿Quién era aquella muchacha? ¿Por qué se había casado con él?

Era indudablemente que ella, al obrar así, había acatado la voluntad de Andrés North. Pero, ¿por qué le obedecía en un mandato de tal gravedad? ¿Qué formidable ascendiente tenía North sobre ella para poder obligarla a casarse con un desconocido?

Cada vez más intrigado preguntó:

—¿Por qué ha hecho usted eso?

Ella no contestaba. Tuvo él que repetir la pregunta:

—¿Por qué ha hecho usted eso?

—¿El qué?

—¿Por qué se ha casado conmigo?

Beverly se encogió de hombros.

—Eso no le importa a nadie más que a mí.

Y fué inútil todo cuanto hizo por arrancarle una palabra más.

III

Cada vez se sentía más atraído hacia aquella joven silenciosa en cuya maldad no podía creer a pesar de las circunstancias que rodeaban su matrimonio.

Pensó demostrarle su simpatía. ¿Simpatía? Sí. Evidentemente, lo que sentía hacia aquella joven que por azar era su esposa podía calificarse de simpatía y acaso de afecto.

Salió a comprarle un ramo de flores.

En seguida advirtió que alguien le seguía. Hacía algún tiempo que esto le ocurría cada vez que salía a la calle. Se sentía vigilado estrechamente.

Fingiéndose no haberse dado cuenta para no poner sobre aviso a su perseguidor, entró en la tienda de flores y compró un precioso ramo.

Salió en seguida y emprendió el regreso.

Se dió cuenta de que su perseguidor no le perdía de vista y se propuso desenmascararlo. Para ello se detuvo después de doblar una esquina, pegado a la pared, y cuando pasó el que lo perseguía, lo cogió de un brazo.

—Ahora mismo va usted a decirme quién es.

—Pero...

—No hay pero que valga. Su nombre ahora mismo.

—Puesto que tiene usted tanto interés, ahí va. Me llamo Dugan Squint.

—Y ¿por qué me persigue?

—Cumpló órdenes de North.

—Pues usted y North van a hacer el favor de dejarme vivir en paz.

—Precisamente lo que míster North desea es que viva usted.

—¿Eh?—preguntó Alán con un gesto de extrañeza.

—Lo que usted oye. Míster North me tiene ordenado que le vigile para evitar que usted se suicide.

Alán se echó a reír.

—Esto tiene mucha gracia. Dentro de un año me enviaría un pistolero si no me matara. Ahora quiere evitar a toda costa que me mate.

Dugan declaró:

—Le advierto que a mí no me hace gracia ninguna.

—Usted daría cualquier cosa porque yo me hubiera suicidado ya, ¿verdad? Así habría terminado con esta persecución fastidiosa.

—Yo no hago más que obedecer a míster North. El oficio es desagradable, pero a veces tiene uno que callarse y apechugar.

—Así es la vida.

—De modo que le agradeceré que no me guarde rencor.

—Nada de eso. Me ha sido usted simpático. De hoy en adelante, en vez de seguirme a distancia, venga a mi lado. Así charlaremos y nos distraeremos.

Habían llegado a casa de Alán y éste se despidió de su perseguidor y amigo.

Subió pensando en el efecto que el regalo produciría a Beverly. Al abrir la puerta se quedó inmóvil. Una mezcla de sorpresa y desilusión había caído sobre su alma como un jarro de agua fría. Beverly estaba abrazada a un hombre. Como no se habían dado cuenta de su llegada cerró la puerta cuidadosamente y se marchó.

Ante la puerta de la casa seguía Dugan en funciones de centinela.

Le preguntó:

—¿Tiene usted novia?

—No, señor. Soy casado.

—¿Entonces tienes mujer? Mejor aun. Toma. Regálale estas flores.

—Muchas gracias.

—Ahora vamos a dar una vuelta. Que nos dé el aire.

—Sería mejor que se sentara usted en cualquier parte. Así podría sentarme yo también.

En este momento saludó Dugan a una persona que pasó cerca de donde ellos estaban. Era el pistolero encargado de vigilar a Johnny y, por consiguiente, de la misma cuadrilla que Dugan.

Delante iba Johnny, y Alán reconoció en él al hombre que momentos antes estaba con Beverly.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó a Dugan, indicándole a su rival.

—Pero ¿será posible que no lo conozca usted? ¡Si es su cuñado!

—¿Mi cuñado?

—Sí, señor. El hermano de su esposa.

La revelación produjo a Alán una alegría que no supo disimular.

Arrebató a Dugan el ramo que acababa de entregarle, volvió a entrar en su casa y echó a correr escaleras arriba.

Beverly estaba ya sola y llevaba puesto un vestido que Alán le había regalado aquella misma mañana.

Le entregó el ramo riendo alegremente.

—¡Si supieras lo que acaba de ocurrir!—dijo al mismo tiempo.

—Sí lo sé.

—¿Que lo sabes?

—Ya lo creo. Pues acaba de ocurrir que mi marido me ha demostrado que me quiere y que me satisface mucho la demostración.

El trató de abrazarla, pero ella lo detuvo.

—Es demasiado pronto todavía. Debemos esperar a estar convencidos.

—A mí no me cabe ya la menor duda.

—Pero cuéntame lo que acaba de ocurrir.

—Pues que he tomado a tu hermano por un rival mío.

—¿A Johnny?

—No sé cómo se llama. Lo he visto por primera vez cuando venía con el ramo de flores.

Le explicó detalladamente todo lo ocurrido y ella le dió algunos detalles acerca de su hermano, tales como los que estaba casado con Mae Robinson, una manicura que tenía bastante

clientela y amaba mucho a su hermano, con lo cual no hacía más que corresponderle.

Aprovechando aquel momento en que las confidencias estaban iniciadas, Alán preguntó a su esposa:

—¿Me quieres decir ahora por qué te casaste conmigo?

El semblante de ella se entristeció. Pasó por sus ojos una sombra. Desvió la mirada de la escrutadora de Alán y repuso:

—Eso no lo sabrás nunca.

IV

Se dirigió Alán a la casa donde trabajaba la manicura. Su propósito era sonsacar a la esposa de Johnny lo que Beverly no quería decirle.

Solicitó de ella que le arreglara las manos y cuando empezó a trabajar le dijo:

—Usted no me conoce ¿verdad?

—No tengo el gusto.

—Pues me va a conocer en seguida. Yo soy su cuñado.

—¡Mi cuñado!

—Su esposo es hermano de mi esposa.

—Entonces ¿usted es Alán Beckwoth?

—El mismo.

—Celebro mucho conocerlo. Johnny y yo hemos hablado mucho de usted.

—¿Bien o mal?

—Siempre bien, porque sabemos que quiere usted a Beverly de verdad.

—¿Cómo lo saben?

—Ella misma nos lo ha dicho.

—Me alegro mucho, porque así me considero autorizado para hacerle una pregunta.

—Usted dirá.

—¿Por qué se ha casado Beverly conmigo?

El semblante de la manicura se ensombreció.

—¿Pero qué triste misterio hay alrededor de este matrimonio?

Y como Mae no parecía dispuesta a satisfacer su curiosidad, le suplicó se lo contara todo.

—Comprenda usted que yo no seré feliz hasta que lo sepa. ¿Cómo podré amar a mi esposa como debo amarla si se me muestra envuelta en el misterio?

Y con estos y otros razonamientos convenció a la manicura, que al fin se lo contó todo.

Beverly se había casado con él para salvar a Johnny del presidio. De North dependía que Johnny compareciera o no ante la Justicia para responder de un delito en el que se había visto enredado, sin saber cómo, por culpa del propio Andrés North, y éste se valió de ello para obligarla aceptar por marido a Alán, a pesar de que no lo conocía.

Las explicaciones llenaron de satisfacción al interesado. En ellas había el punto triste de la culpabilidad de Johnny, pero, en cambio, acaba-

ba de obtener una prueba de la abnegación de Beverly.

Correspondiendo a aquella franqueza, explicó él a Mae por qué se había casado con Beverly, se estremeció al saber que Alán tenía contados los días de su vida.

Inmediatamente corrió a su casa y esta vez sí que logró abrazar a Beverly, aunque ella intentó oponerse. Le explicó todo lo ocurrido y ella le rogó que no dijera nada a Johnny, pues no lo sabía y recibiría un gran disgusto cuando supiera que ella se había sacrificado por él.

—¿Acaso te sigue pareciendo doloroso el sacrificio?

—No, Alán, pero es mejor que no lo sepa. Más adelante se lo diremos.

—Bien. Ya estoy satisfecho, porque sé por qué te has casado conmigo. Ahora, dime: ¿no te interesaría saber por qué me he casado contigo yo?

—¿Cómo no ha de interesarme, si hace mucho tiempo que no pienso en otra cosa?

—Pues lo vas a saber. No se trata de una noticia alegre, pero quiero que mi esposa no ignore nada que se refiera a mí.

Primero se cercioró de que Nora, la cocinera y criada que North les había proporcionado al montarles el piso, estaba muy ocupada en la cocina, de modo que no podía oírle, y después se lo refirió todo detalladamente.

Beverly no pudo reprimir un grito de dolor al saber que aquella felicidad que ahora se es-

bozaba sólo podía durar un año y que el fin de Alán había de ser una muerte violenta.

Le echó los brazos al cuello y le pidió con lágrimas en los ojos:

—Pero tú no cumplirás tu palabra. ¿Verdad que no?

—Antes mi vida no valía nada. Ahora vale mucho. Comprenderás que he de hacer todo lo posible por no perderla.

—¿Tienes algún plan?

—Sí.

—¿Cuál?

—Uno muy sencillo. Devolverle a North todo el dinero que me ha prestado. Así lo del suicidio quedará sin efecto.

—¿De dónde sacarás ese dinero?

—No lo sé, pero lo sacaré. Es tan grande mi necesidad de vivir ahora que te tengo a mi lado, que estoy seguro de que triunfaré en mi propósito.

—¿Trabajando?

—Día y noche si es preciso.

—¡Alá, esposo mío! ¡Le pido a Dios que te ayude!

Y se confundieron en un abrazo.

V

Era el día de Navidad. En casa de Alán reinaba la alegría. Un año de esfuerzos incansables había permitido al esposo feliz reunir catorce mil dólares, el dinero necesario para saldar la deuda que tenía pendiente con North.

Esperaban a Johnny y Mae, que habían quedado en comer con ellos para celebrar la festividad del día y el triunfo de Alán.

En la cocina trabajaba Nora febrilmente. De pronto se oyó un gran ruido y los esposos corrieron a la cocina, creyendo que a Nora le habría sucedido algo grave.

Lo que vieron les dejó a los dos estupefactos.

Nora no estaba sola sino acompañada de Dugan, el infatigable perseguidor de Alán. Estaba ante un armario, en lo alto de una escalera y con el resto de un rimero de platos en las manos.

—¿Qué demonios hace usted aquí?—le preguntó Alán.

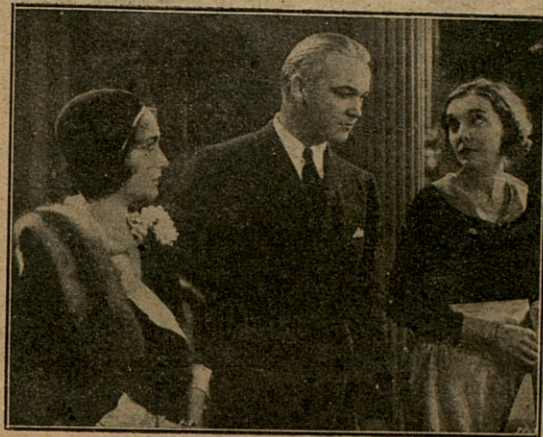
Y entonces Dugan les contó algo sorprendente. Nora era su esposa y precisamente él había solicitado el empleo de perseguidor de Alán para estar cerca de ella. Había subido a ayudarla porque sabía que tenía mucho trabajo.

Pasado el primer momento de sorpresa, a Alán le hizo gracia el descubrimiento.

—Pues prepárate para seguirme, porque he de salir.

—Si usted me lo permite le acompañaré.

—Sí, hombre. Ya te he dicho que prefiero tu compañía a la soledad.



Nora estaba sola...

Y, en efecto, salió de la casa acompañado de Dugan.

Se dirigió al despacho de North para arreglar el asunto de la deuda.

El potentado le recibió, pero su actitud cambió radicalmente cuando conoció los propósitos de Alán. ¿Cómo iba a conformarse con diez mil

dólares cuando dentro de tres o cuatro días había de cobrar cien mil?

—Ahora bien, si me entregas los cien mil dólares antes de que termine el plazo...

Alán salió del despacho sin contestarle.

Cuando regresó a su casa ya estaban allí Johnny y Mae. Las mujeres andaban en la cocina ayudando a Nora. Johnny, que sabía ya todo lo concerniente al casamiento de su hermana, así como que Alán había ido a devolver a North lo que le debía, le preguntó:

—¿Todo arreglado?

—Con ese hombre no hay remedio de arreglar nada. Quiere los cien mil dólares del seguro.

—¡Es un canalla!

Como en este preciso momento salían Beverly y Mae de la cocina, se enteraron del triste resultado de la gestión de Alán, lo que produjo a la esposa el dolor consiguiente.

No se celebró la comida. Todos habían perdido el apetito y el humor.

Johnny y Mae se marcharon, pero antes de salir, aquél había dicho a su cuñado:

—No tomes determinación ninguna. Yo arreglaré este asunto.

Hubo un silencio angustioso cuando Alán y Beverly quedaron solos en la casa.

—¿Qué podemos hacer?—gimió Beverly.

—Sólo hay una solución y en ella estaba pensando.

—¿Una solución?—inquirió Beverly iluminada por la esperanza.

—Sí; que me juegue estos catorce mil dóla-

res a ver si tengo suerte y se convierten en cien mil.

—Es una locura confiar en el juego.

—Más locura sería no probarlo. Ahora tengo perdida la vida. Voy a jugármela a ver si la gano.

Abrazó a Beverly, le dijo adónde iba y salió de su casa en dirección a un círculo cercano.

VI

Jugaba al poker. Su extraordinaria valentía tenía asombrados a sus compañeros de mesa. Con buenas y malas cartas se lo jugaba todo y esto hacía que ganara cuando, de aceptar los demás, habría perdido.

Ante él se iban amontonando las fichas. Perdía alguna vez, pero generalmente su audacia le permitía aumentar el gran montón de fichas que tenía delante.

—Cualquiera diría que ha de comprar su vida con las ganancias—comentaban los que le veían jugar.

Y estaban muy lejos de sospechar cuán exactos eran sus comentarios.

De buenas a primeras, Alán había lanzado

una gran cifra que hizo huir a dos de sus tres rivales.

Era que por primera vez había cogido unas cartas inmejorables. Si con malas cartas exponía grandes sumas, ¿qué no haría teniendo la partida ganada?

El único contrincante que había quedado, como tenía también unas cartas excelentes, en vez de retirarse, aumentó la cantidad, y entonces Alán lo jugó todo.

Tal era la suma que representaban las fichas empujadas por Alán al centro de la mesa, que se produjo entre los que seguían el juego un momento de emoción.

—Acepto—dijo el contrincante.

Y en este preciso momento, un criado se acercó a Alán para anunciarle que le llamaban al teléfono para un asunto de urgencia.

Alán dejó las cartas en la mesa, boca abajo, y se dirigió a la cabina del teléfono.

Era Beverly quien le telefoneaba.

—Acaba de comunicarme Mae—le dijo—que Johnny acababa de salir armado con un revólver. Sospecha que se propone matar a North. ¿No te parece que quien corre peligro de muerte es él?

—Ha sido una locura. La casa de North está vigiladísima. A estas horas habrá caído Johnny en poder de los secuaces de North. Procuraré salvarle. Adiós.

Y salió velozmente del casino, sin volverse a preocupar de su dinero ni de sus buenas cartas.

El contrincante de Alán se alegraba de aquella tardanza que acabaría por darle el derecho

de quedarse con la enorme postura. Pero, de pronto, Dugan, que, como de costumbre, no se había separado de Alán, ocupó su puesto y dijo:

—Jugaré yo por mi amigo. ¿Hay algún inconveniente?

—Ninguno—repuso el contrincante, confiando en que sus cartas le iban a dar la victoria.

Las descubrió con un gesto triunfal y ya iba a echar mano a las fichas, cuando Dugan le detuvo.

—Un momento. No ha ganado usted.

Descubrió las cartas. Había ganado. Es decir, había defendido el dinero de Alán, ya que él no había podido hacerlo.

En seguida salió a la calle y todavía tuvo tiempo de verle tomar un taxi. Tomó él otro y dijo al chofer que siguiera al de Alan.

Cuando éste llegó a las cercanías de la casa de North, dejó el taxi. Entrar en aquella casa burlando la vigilancia de los numerosos centinelas no era cosa fácil. Por eso había que obrar con suma cautela.

Dando un rodeo llegó a la parte posterior de la casa.

La escalera de salvamento se ofrecía a sus planes sin un solo obstáculo.

Lo más difícil quedaba por vencer aún. Era preciso llegar sin ser visto hasta la habitación donde North se encontrara.

Las puertas del balcón estaban entornadas. Alán las empujó suavemente. Reinaba en el interior la más absoluta oscuridad.

Entró de puntillas. De pronto se encendieron

las luces y Alán se vió encañonado por un revólver. Era North.

Repuesto de su sorpresa, Alán sonrió.

—Dispare usted si quiere. Yo no tengo nada que perder y usted perderá mucho.

—Perderé cien mil dólares. Pero me interesa más mi vida que esa cantidad. De modo que como haga el menor movimiento, disparo.

El argumento convenció a Alán, que ya no se atrevió a pronunciar palabra.

—¿A qué has venido aquí?—inquirió North.

—He venido por Johnny—repuso Alán francamente.

North se echó a reír.

—Tendrás el gusto de verlo. Ahora mismo se lo llevarán a las montañas de Eldorado, donde no va a pasarlo muy bien.

Llamó, compareció uno de sus secuaces y le dió orden de que se llevaran a Johnny inmediatamente.

Momentos después, le veía Alán salir atado codo con codo.

Trató de abalanzarse sobre él para protegerle, pero el revólver de North le detuvo.

Después pudo ver desde el balcón cómo introducían a su amigo en un automóvil azul que partía velozmente.

—¿Qué se propone usted?—preguntó Alán en tono de imploración.

—Nada de particular. Ahora permanecerás aquí hasta que recibamos noticias sobre la suerte que ha corrido tu amigo.

North sonreía, pero la sonrisa se le heló en

lós labios cuando sintió en la espalda el contacto de un revólver y oyó que una voz decía:

—Manos arriba.

Levantó las manos y su sorpresa no tuvo límites al volverse y reconocer a Dugan.

—¡Bien me has engañado!

—No le he engañado a usted. Usted me encargó que defendiera a toda costa la vida de Alán



—¿A qué has venido aquí?

hasta que transcurriera un año, y como el plazo no ha terminado todavía, yo cumplo con mi deber.

—Siendo así...

Pero la esperanza se esfumó en seguida cuando Dugan invitó a Alán a que avisara a la po-

licia para que saliera en persecución del auto donde iba Johnny.

Después partieron ellos en otro automóvil, obligando a North a que les acompañara.

Por los caminos que conducían a las montañas donde Johnny había de perder la vida, se entabló una doble persecución que revistió caracteres epopéyicos. El auto conducido por Dugan perseguía al automóvil azul y el de la policía a los dos.

De pronto, North, aprovechando un descuido de Alán, se abalanzó sobre él, pero el joven, más ágil y más fuerte, decidió la lucha de su parte, arrojando a North a un precipicio a través de la portezuela, que el propio North había abierto, tratando de huir cuando advirtió que llevaba las de perder.

Después fué el auto que conducía a Johnny el que cayó a un precipicio, a causa del azoramiento de su conductor al saber que los perseguían.

Detuvo Dugan el conducido por él al darse cuenta de la desgracia y a poco llegó el de la policía.

Entre todos procedieron a salvar a los heridos.

Unicamente Johnny y uno de los raptos conservaban la vida, pero éste estaba tan grave, que moriría antes de recibir asistencia.

En cambio, Johnny fué trasladado al hospital

y de allí a casa, una vez practicada la cura de urgencia.

Los médicos aseguraron que quedaría completamente bien en un par de semanas, y esto llenó de felicidad a su familia, que proyectó una gran cena, para cuando Johnny pudiera acompañarles a la mesa.

* * *

Estaban todos alrededor del enfermo, el cual se hallaba cada vez ms animado, cuando entró Dugan con una corona.

—¿Qué traes ahí?—le preguntó Alán.

—La corona que North había destinado a Johnny y que ahora va a servir para él.

—¿Ha muerto?

—Sí. Y ahora sólo me resta decirles adiós.

—¿Se va usted?

—Sí.

—¿Ahora que podíamos vivir todos juntos, como buenos amigos?

—Buenos amigos seguiremos siendo. Pero mi misión y la de mi esposa han terminado en esta casa. Nosotros pertenecemos a la compañía de seguros, de la que North trataba de aprovecharse. Por ella ejercíamos esta vigilancia, aunque, para llevar hasta el fin nuestro disimulo, nos

afiliarnos a la banda de North. De modo que esperamos nos inviten a ese banquete que proyectan.

Así quedó acordado.

Y desde entonces reinaron la paz y la felicidad en aquella casa, donde antes todo habían sido dolores y zozobras.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
Barcelona: Barbrá. 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Acaba de aparecer, en las selectas Ediciones Especiales de L. N. S. C., con éxito sin precedentes:

Los amores de José Mojica

Novela de amor - interviú - Anécdotas
Cartas de admiradoras

La zarpa del jaguar

Magnífico asunto, por Charles Bickford,
Helen Twelvetrees, etc.

El caballero de la noche

Triunfo de JOSÉ MOJICA,
con Mona Maris, Andrés P. de Seguro, etc.
Romualdo Tirado, etc.

Precio popular: 1 peseta

¡Ediciones Bistagne publica
siempre lo mejor entre lo mejor!

No se deje sorprender

Exija siempre

Ediciones Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Ha salido ya el nuevo Catálogo ilustrado de las Ediciones Especiales

Pídalo y se le remitirá gratis y sin compromiso

8-19-26/8

Números publicados:

1. Puertas cerradas.—2. Madre pecadora.—3. Estrella simbólica.—4. La losa del pasado.—5. La Mujer de Satanás.
6. Jimmy, el misterioso.—7. Nueva mujer, nueva vida.
8. Amanecer.—9. Tras la cortina.—10. Los misterios de Londres (La divina pecadora).—11. En la vieja Arizona.—12. Honrarás a tu madre.—13. Nobleza baturra.—14. Su majestad El Amor.—15. Amor siniestro.—16. Eugenia Grandet.
17. Ana contra el mundo.—18. La hermana blanca.—19. De mujer a mujer.—20. Mujeres frívolas.—21. No me olvides.
22. El caballero del amor.—23. Estrellas fugaces.—24. Tobillos de oro.—25. En nombre de la amistad.—26. El prisionero de Zenda.—27. Sendas traicioneras.—28. El príncipe Stravos.—29. Fútbol, amor y toros.—30. Hombres peligrosos.—31. Sed de cariño.—32. Luna de miel.—33. Shari (la hechicera oriental).—34. El príncipe de los diamantes.—35. Una mujer en Wall Street.—36. Las tres hermanas.
37. Cara o cruz.—38. La calle del azar.—39. La batalla de París.—40. Malas compañías.—41. El conquistador.—42. La caza del millón.—43. El enemigo silencioso.—44. El príncipe X.—45. Canción gitana.—46. ¿Quién disparó?—47. El capitán Tormenta.—48. Arco Iris.—49. Estrellas del "Edén".
50. Siete días con licencia.—51. ¡Qué hombre tan guajol!
52. Bataclán.—53. La santa amistad.—54. Dramas del circo.
55. El reporter del diablo.—56. Vértigo del tango.—57. La noche es nuestra.—58. El premio de belleza.—59. ¡Siempre alerta!—60. El misterio de Villa Elena.—61. El testamento Nodelkof.—62. Oro y Sangre.—63. Ingenuidad peligrosa.
- 64.—La locura del oro.—65. Hermanas frívolas.—66. Estrellas de Occidente.—67. ¡Desamparado!—68. Un plato a la americana.—69. La casa de la flecha.—70. El defensor.
71. Jóvenes pecadores.—72. Esposas de médicos.—73. Su hombre. — 74. ¡Vaya mujeres! — 75. Todo por el aire.
76. Flor de pasión.—77. Por un par de pijamas.—78. Pobre tenorio.—79. Música de besos.—80. El otro yo.—81. El camello negro.—82. A toda marcha.—83. Me voy a París.
84. Gordas y flacas.—85. Estaré sola a media noche.—86. El hijo pródigo.—87. La aventurera.—88. Tres muchachas francesas.—89. El temerario.—90. Mi padre es un fresco.
91. Ternura.—92. Rascacielos.—93. Un provinciano en París.—94. Diosas de Montmartre.—95. La huerfanita.—96. El centauro. — 97. Cuatro estudiantes. — 98. Luz de Montana.
99. La riada.—100. El puñal malayo.—101. El trío fantástico.—102. El salto decisivo.—103. Su gran noche.—104. Embajador sin cartera.—105. Hazte rico pronto.—106. Aristócratas del crimen.—107. El hijo adoptivo.—108. Más allá de la victoria.—109. Hermanas de la farándula.—110. La flota suicida.—111. David, el apocado.—112. Cariño materno.—113. La alegría del rancho.—114. Traición.—115. El muchacho de Oklahoma. — 116. La cautivadora. — 117. Carne de mar.—118. Compañeros.—119. El testigo sorprendente. — 120. La jaula de los leones.—121. Ley de herencia.
- 122. Hay que casarlos.—123. Audaz y galante.—124. El yate de Cupido.—125. Calles de Nueva York.—126. La irreflexiva.—127. Cosas de solteros.—128. Sangre joven.—129. Greifer, el "as" policíaco.—130. Juventud moderna.—131. La hacienda misteriosa.—132. El domador de potros.
133. Los 5 chicos del jazz.

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
